



CAPÍTULO XVIII



la postre se levantó una mañana Lola, y en cuanto abrió los ojos y el entendimiento á la realidad, arrancándose al sueño, deseó muy formalmente morir; Miguelito Cruz se había marchado la víspera, dejándola, eso sí, un reguero de promesas al modo de los rayos de sol que calientan el nido antes de esconderse, pero ¡se había marchado! El espíritu de Lola se sintió de repente solo, huérfano, perdido en la sombra; empezaba la noche polar de la ausencia, nada de charloteos, ni de citas, ni de auroras en la escalera, ni de telégrafos desde el Viaducto; en lo sucesivo iluminaría su vida la luz de luna de los

recuerdos; ahora el símbolo de su ventura sería el recibir con frecuencia cartas de Miguelito Cruz. Como es natural la huyeron el apetito y el gusto para todo; quedóse sin rosas en las mejillas; comenzó á enflaquecer, y tuvo que resistirse á la angustia glacial que la invadía el corazón, como el cuerpo se defiende de la helada que se apodera de la sangre, tratando de adormecerla y congelarla. A consecuencia de esto, Lola se hizo más reservada y circunspecta, huyó de su boca la sonrisa que le doraba el rostro, y como todo le traía á la memoria al ausente, el trapo de señal colgado en la barandilla del balcón y nuncio de que se hallaba franco el paraíso por la *volada* de la madre, las horas de la mañana en que él solía pasar por el Viaducto á tomar *la orden* y el charloteo de por las tardes en el rinconcito callado y misterioso de la escalera... con cualquier motivo y en cualquier ocasión se le llenaban de un tropel de lágrimas los ojos.

Doña Felipa llegó á notar al cabo lo que acontecía; aquel ensimisma-

miento continuo de Lola, aquel éxtasis perpetuo en que vivía, aquella falta absoluta de interés con que desempeñaba al presente cuantos cometidos pesaban sobre ella, llegaron á picarle en la nariz á la buena señora, y se le antojaron extraños. Pronto, á los cuatro ó cinco días de la marcha de Miguelito Cruz, advirtió doña Felipa que el novio de la niña no asomaba como otras veces por todas las esquinas; al principio no dió importancia al hecho; pero muy luego el desmejoramiento de la salud de Lola y el eclipse total del amante cimentaron sus sospechas de que no se hallaba en Madrid, y un día, después de comer y sin andarse en rodeos, la preguntó á su hija bruscamente:

—Oye, ¿está fuera Miguelito Cruz?

Lola vaciló antes de responder, pero al fin había su madre de averiguar la verdad, y la muchacha replicó con bastante laconismo:

—¡Sí, está fuera!...

Doña Felipa no se arredró ante el seco del acento é insistió en sus averiguaciones, volviéndole á interrogar á su hija:

—Y... ¿á dónde ha ido?...

—¡A Salamanca!...

—Pero ¿por mucho tiempo?...

—¡Ni él mismo lo sabe!...

Decididamente Lola no tenía ganas de hablar; contestaba de cualquier manera, sin alzar la vista de la labor. Pero doña Felipa no era persona de quedarse con ninguna clavada, y sin mirar á su hija, á traición, atendiendo toda á la media, la dijo con una brutalidad que cortaba como un cuchillo:

—¡Pues es menester que sepas tú, que eso de marcharse así, no es más que un pretexto para concluir contigo!...

El golpe fué derechamente al corazón de Lola, y la pobre criatura sintió en el pecho el frío de un desgarró. Ella tenía en Miguelito Cruz una fe exaltada, una confianza sin límites; creía en él como en sí misma; no dudaba un momento de que el amor, asendereado por la ausencia, se enciende con mayor ímpetu, como las antorchas que se sacuden en el aire; pero aquella observación graciosa de su madre le produjo el efecto que cuando se atraviesa

la acequia por una tabla que creemos segura y se la siente de improviso crugir.

Doña Felipa no necesitó más para dar por muertos los amores de Lola y Miguelito Cruz. La ausencia los barrería y por si no, allí estaba ella dispuesta á arrancarles sus raíces para que se secaran. Ahora lo que hacía falta es que Demetrio "apretase"; que enviase al cuerno aquella timidez de niño que á nada ni á ninguna parte conducía, que lo que es como le ayudara, ya se encargaría ella de limpiar la mente de su hija de romanticismos y de "ñoñadas" y de convencerla poco á poquito, de lo ventajoso de su boda con Demetrio. El comerciante seguía yendo los jueves por la noche á casa de doña Felipa. Al principio, Lola, sintiéndose molestanda por la presencia del tendero, se retiraba del comedor con cualquier excusa; de ese modo creía ser más fiel desde lejos á Miguelito Cruz; pero á las dos veces que repitió semejante huída, su madre la regañó terriblemente en cuanto se marchó Demetrio, y á punto de acos-

tarse, sin consideración á la hora, empezó á gritos con la muchacha, tildándola de mal educada y grosera, catilinaria que concluyó cuando don Manuel, que volvía del café, tiró de la campanilla. Doña Felipa dió ahora en convidar á su mesa á Demetrio, poniendo los cinco sentidos en que éste fuera haciéndose lado en la casa, mezclándose en la familia... No se sabe si por ignorancia, aunque la brutalidad es maliciosa, dejó solos á Demetrio y á Lola en varias ocasiones, circunstancias que él podía haber aprovechado para hablar de sus cuitas á la muchacha; cuando doña Felipa tornaba al gabinete, comprendía á escape por el rostro sombrío del tendero, que éste no había soltado una palabra, lo que viene á probar que la buena señora se ausentaba capciosamente de la habitación. Generalmente tales cosas acontecían antes de almorzar y de que viniera don Manuel, y mientras doña Felipa se iba á dar una vuelta á la cocina, para que la criada no se descuidase.

Alguna vez intentó doña Felipa catequizar á su hermano á fin de que éste

inclinase el ánimo de su sobrina en sentido de que admitiera las relaciones de Demetrio, pero don Manuel no esperó á que la buena señora le volcara sus deseos y la dijo sin quererla concluir de escuchar: ¡mira, mira, yo no hago eso!... ¡ni en ese particular, ni en ninguno, me gusta torcer voluntades!... Por lo que á mí corresponde, Lola se casará como quiera y con quien quiera, con tal de que sea con un hombre honrado...

La primera carta de Miguelito Cruz llegó dentro del plazo estipulado: á los dos días de marcharse; Lola esperaba al cartero al balcón; le pareció que atisbando la esquina y viéndole acercarse, acortaba la distancia entre ella y el manojito de sobres que traía el empleado en la mano... Cuando el cartero entró en el portal Lola cerró las vidrieras, se fué corriendo á la puerta, y sin dar tiempo á que el hombre llamasé le abrió temblando, abrumada por esa ansiedad que siente el corazón siempre que le llega la dicha... A trompicones entregó al cartero el *perro chico*, avergonzada, casi, de lo exiguo

de tal cantidad... ¡Qué miseria de recompensa para una persona!... La verdad es que debían de cobrar más los carteros. Hasta entonces no había caído la niña en la cuenta; pero no hay nada tan generoso como la ventura... ¡Lo que es si no hubiera estado mal visto darle una monedita de dos reales al cartero!...

Lola se encerró en el gabinete "á solas con su carta"; primero adoró al sobre, le sonrió y le miró y remiró con la veneración con que se contemplan las reliquias; después lo rasgó, los ojos se le fueron por los renglones, leyó la epístola de un vistazo, con tanta comeción que apenas si se enteró de lo que decía, y luego, tomándola otra vez desde el principio, comenzó á deletrear la carta con el alma, párrafo por párrafo.

La epístola de Miguelito Cruz era ni más ni menos que su corazón abierto de par en par; en la primera página decíale á Lola que la quería; en la segunda que la adoraba; en la tercera que la idolatraba, y en la cuarta... en la cuarta conociase que venía el beso.

Toda la carta chorreaba cariño y rectitud, y aquellas líneas francas, sin concluir las letras de impacientes y es-purgadas de galas y alifafes retóricos, trascendían á verdad á la legua; el corazón se asomaba por entre las oes de cada palabra; lo escrito estaba sentido y salía derechamente del alma. Lola contestó á escape á su novio una epístola de cuatro carillas con renglo-nes atravesados, llena de arrullos de ave, aconsejándole multitud de cosas con esa dulzura de madre que tienen las mujeres desde niñas; hizole miles de advertencias sobre cuanto pudiera ocurrirle y no ocurrirle; le recomendó eficazmente que estudiara mucho para que terminase pronto aquel martirio de la ausencia, y por último, dijole á su vez en la primera plana que le que-ría, en la segunda que le adoraba, en la tercera que le idolatraba y en la cuarta puso otro beso después de reco-ger el que Miguelito Cruz la enviaba en el papel.

Así se deslizaron los días y así se avecindó el mes de Septiembre. En este intervalo, Miguelito Cruz y Lola

siguieron su correspondencia amorosa con matemática exactitud y largamente, contándose cuanto pensaban y ha-cían, y escribiéndose por el sólo pla-cer de hablarse desde lejos. Doña Fe-lipa, mientras, no se dormía en los lau-reles y no perdía ocasión de sermo-near á su hija con motivo de la partida del estudiante. El tema de la tozuda señora venía á ser siempre el mismo: que si Miguelito Cruz era un hipócrita que no había tenido valor de descu-brirse; que todas aquellas cartas no significaban nada; que es muy fácil el pintar el amor, pero que el caso con-siste en probarlo; que la cosa estaba bien vista: él ponía tierra por medio para ir enfriando las relaciones; que Miguelito Cruz aquí, junto á sus pa-dres, no estudiaba jota, y por tanto, que menos estudiaría allí, campando por sus respetos; que no sería nunca nada ni podría casarse con ninguna mujer que Miguelito Cruz estaría ya en amores con dos ó tres chicas *sala-manquesas* (doña Felipa pronunciaba el apelativo de esta suerte creyendo hacer gracia); que á ella no le conve-

niña otra cosa que un novio rico y que se casase por la posta; Demetrio, verbigracia; que el día en que desgraciadamente faltase su hermano quedarían las dos, madre é hija, amparadas por un brazo de tanto valer como el del tendero; que... ¡vaya usted á echar cuentas!... Un mosconeo continuo casi á la oreja, en casa, en misa, en paseo, en todos los sitios y parajes, con un tesón increíble. Semejante tenacidad dió á Lola la medida de lo empeñada que su madre se hallaba en que ella admitiese los galanteos del comerciante, y aunque de sobra sabía el favoritismo de que gozaba Demetrio, nunca pensó que alcanzase un extremo tan decisivo, y el descubrimiento fué un horóscopo terrible para la niña, que presintió la lucha que le aguardaba.

En estas se echó encima el veintitantos de Septiembre, la edad de oro de los membrillos y de las azofaifas, y Lola recibió una carta, de más lectura que las anteriores, en la que á vuelta de mil rodeos y circunloquios decíale Miguelito Cruz que había salido mal de sus exámenes, que perdía el año y

que su padre le ordenaba á rajatabla que continuase en las frescas riberas del Tormes, donde reanudaría sus estudios de Derecho hasta recibirse de abogado, á cuyo efecto sentábase él á escribir de retorno de matricularse en la Universidad.

Aquel golpe inesperado dió al traste con la ficticia pujanza de Lola y le abatió sus débiles vuelos con la fuerza ciega de una embestida de huracán. Semejante suspenso, que venía á ensanchar el paréntesis, siempre eterno, de la ausencia, disgustó grandemente á la muchacha y le produjo esta angustia horrible que engendra el enrajecimiento del alma privada de la fe; entonces dudó por primera vez, no del estudiante, que no cabía tal duda en su pecho, sino de su porvenir y de su felicidad. ¡Oh!... á ella no le importaba ciertamente esperar, y esperar de lejos, dos, tres años, un siglo... su amor era muy profundo y vivía adherido á su corazón con la fuerza de una lapa á la roca... Detrás de la tormenta, por una vieja verdad tan antigua como el mundo, vendría la calma... ella respon-

día de sus sentimientos... y ¿por qué no? respondía también de los de Miguelito Cruz, dotado de una voluntad de piedra y que la adoraba con una constancia indestructible. ¡Pero su madre!... Lola creía firmemente que su madre era incapaz de resistir aquellas relaciones indefinidas... en todos los momentos; siempre que se suscitaba este particular, manifestábase doña Felipa aferrada á la misma idea: la de que su hija no podía ni debía dar oídos sino á un hombre que la llevase pronto al altar.

Lola propúsose ocultarle el suspenso á su madre, y doña Felipa nada supo de las calabazas obtenidas por Miguelito Cruz. Pero entró en sus primeros días Octubre, y como la lenguaraz señora no observó ni indicios de que el estudiante pensara asomarse por los alrededores de los balcones de su casa, preguntóle un día á Lola:

—¿Por fin se queda á estudiar en Salamanca Miguelito Cruz? Porque supongo que cuando yo no le he visto ya haciendo el oso en la esquina, es que no está en Madrid...

A Lola le repugnaba mentir, y como sus palabras hubieran sido desautorizadas por la realidad, repuso sencillamente:

—¡Pues no está en Madrid, en efecto!... ¡Como su tío es magistrado en Salamanca, ha querido que se matricule en aquella Universidad, y por lo menos este curso continuará allí sus estudios!...

Doña Felipa botaba, conforme Lola iba soltando sus frases; cuando la arriscante mujer se enteró de lo que acontecía, se pegó un manotón en un muslo, como enérgico arranque de su mímica, y exclamó con un acento incisivo:

—¡Lo ves!... ¡Si es menester que sepas tú, que cuando yo hablo, sé por qué hablo!... ¡Qué te dije yo!... ¡Ese hombre no se atreve á romper aquí contigo, y poniendo tierra por medio estamos en mitad de la calle!... ¡Ese tío, los estudios, todo es un pretexto y nada más!...

Doña Felipa se sintió satisfecha de su oratoria y juzgó oportuno hacer una pausa y alzar los hombros como para cimentar con el ademán la elocuencia

de sus argumentos. Lola perdió algo la calma al oír á su madre y se desconcertó un poco, pero se repuso enseguida y replicó con fiereza y vivamente:

—¡No, mamá, no; no es un pretexto!... ¡Ese tío no es una invención; vive y existe realmente!...

—¡Pues aunque eso sea!...—añadió doña Felipa, como dejándose convencer por el acento sincero de Lola.—¡El tío se hubiera tenido que contentar con quedarse solo si el sobrino se hubiera empeñado en venirse á estudiar á Madrid!...

La observación no estaba destituida de solidez, pero Lola no la pasó, y repuso con prontitud:

—Eso sería muy bueno si se pudiera disponer de sí y no tuviera un padre á quien obedecer.

Tocóle el turno de callarse á doña Felipa, y así acabó la conversación, sin que el ácido corrosivo que la madre quería verter en el ánimo de su hija, hiciera la menor mella en su cerebro.



CAPÍTULO XIX



todo esto los alcotanes que habitan en las alturas del Palacio Real entre las volutas de piedra de la fachada ó detrás de los balaustres berroqueños del emplomado, atisbaron cierta amanecida al salir á tomar el primer rayo de sol á los rafes, una mancha negra que obscurecía el horizonte, como enorme cinta pardusca flotando en el espacio. Los alcotanes suspendieron su despiojeo, y fijándose en aquello oscuro observaron que volaba; entonces, saltando de gozo en los capiteles y en las barandas se graznaron para su molle-